

Duelo, función materna y constitución subjetiva

Sullivan, Eduardo*

Resumen

El trabajo aborda el duelo materno cuando no ha sido elaborado y las posibles consecuencias para el niño. La clínica de las patologías graves de la infancia nos muestra las dificultades que ocasionan las pérdidas no escritas en la historia familiar. Tanto la madre como la mujer que hay en ella, deben tomar caminos distintos para que el niño pueda encontrar un lugar desde el cual pueda constituirse como sujeto del deseo. El duelo no elaborado es un tiempo propicio para que tales condiciones no sucedan.

Palabras clave: Duelo patológico -Maternidad -Infancia -Clínica psicoanalítica

Mourning, maternal performance and subjective constitution

Abstract

This work addresses the maternal mourning when it has not been worked through and the possible consequences for the child. The clinical practice of the serious pathologies of the childhood shows us the difficulties caused by the losses not written in the families histories. Both the mother and the woman she is must take different ways so that the child can find a place from which it can be constituted as a subject of the wish. The non elaborated mourning is a favourable time for preventing such conditions from happening.

Key words: Pathological mourning - Motherhood - Childhood - Psychoanalytic practice

Introducción

¿Por qué es relevante ir a buscar a la madre de los orígenes en el contexto de entender las vicisitudes del duelo? ¿Existe un modo particular de duelar en la posición femenina diferente de la masculina? ¿De qué manera se relacionan las experiencias primeras del niño y su madre con la vivencia de la pérdida del objeto amoroso? ¿Cuáles son las consecuencias clínicas que se derivan de tales circunstancias?

Estas son algunas de las preguntas que nos hemos realizado a la hora de entender que el duelo conmueve todo el andamiaje subjetivo y que de algún modo, las primeras inscripciones dejan una traza que cada subjetividad va a reeditar a partir del tránsito por la experiencia de la pérdida.

Narcisismo y duelo son conceptos solidarios y se hace imposible disociarlos en cuanto a su mutua correspondencia. Para que haya constitución del narcisismo es necesario que el yo experimente y metabolice la pérdida de objeto y por ello, cada duelo pone a prueba al yo en su capacidad de avanzar sobre la condición de sobrevivir al objeto desaparecido.

La constitución de la subjetividad empeña la ardua tarea de transitar duelos instituyentes, necesarios, a los fines de disponer del anudamiento imaginario-simbólico para hacer frente a lo real de la pérdida de objeto. De todos modos, hay duelos y duelos. Por eso, no podemos hablar de garantías estructurales sino más bien de circunstancias especiales que nos colocan a cada individualidad por fuera de la serie del colectivo social respecto de la elaboración o no de una pérdida. El duelo pasa ser vivido íntimamente a partir de las relaciones

fundacionales del sujeto y la pérdida de objeto amoroso. Implica por otra parte, una vertiente privada y otra pública que se pone al descubierto mediante la apelación al rito como inscripción en el orden simbólico.

Haremos un recorrido por algunos de los temas vinculados a la constitución del narcisismo, tanto desde Freud como desde Lacan, porque ello nos enmarcará en las condiciones en las cuales se instaura la construcción del objeto en tanto perdido, y lo que desde la madre debe operar allí para que devenga en los tiempos lógicos la constitución subjetiva del niño.

Partiremos del Edipo femenino avizorando las condiciones necesarias en las que un niño pueda constituirse como objeto de goce materno; tránsito a través del "gusto" que la madre debe sentir por él para darle cabida dentro de las coordenadas del deseo.

Desarrollo

La niña según Freud: Un varón en menos

En *La organización genital infantil* (1923) Freud establece una diferencia entre las nociones de pene y falo, sosteniendo que este último se trata de una teoría sexual infantil que permite desplegar las diferencias entre los sexos. El sujeto masculino o femenino devendrá tal luego del atravesamiento por la metamorfosis de la pubertad y será el producto del resultado de múltiples identificaciones, desterrándose así la idea de la sexualidad natural, signada por el atributo biológico para pasar a ser entonces un

* Facultad de Psicología. Universidad Nacional de Mar del Plata. Maipú 7664 (7600) Mar del Plata, Argentina. Teléfono: 223-4702023. E-mail: sullivan@mdp.edu.ar

producto de la inscripción del lenguaje. La primacía universal del falo (“todos tienen pene”) funciona como un valor lógico de atribución que permite leer el mundo de la sexualidad y las diferencias. El pene es una realidad que no debe faltar; cuando no está, entonces alguien debe haberlo cortado. La primacía del falo supone la creencia de que todos los seres del mundo lo tienen, derivando en la angustia de castración ante la evidencia de que alguien no lo posee, por lo tanto surge la amenaza frente a la posibilidad de ser el próximo que lo pierda.

El complejo de Edipo para la niña es una formación secundaria. Las repercusiones del complejo de castración lo preceden y lo preparan, afirma Freud. En cuanto al nexo entre complejo de Edipo y complejo de castración, se establece una oposición fundamental entre los dos sexos. Mientras que el complejo de Edipo del varón se va al fundamento debido al complejo de castración, el de la niña es posibilitado e introducido por este último.

De la salida del Edipo femenino, Freud postula tres vías posibles, la neurosis, la homosexualidad, y la que denomina “normal” signada por la experiencia de la maternidad. En el desarrollo de una mujer, existe una etapa de ligazón a la madre (pre-edípica), que deberá “superarse” para acceder al amor al padre y con esto a una posición femenina, que le permite a la mujer una posible salida de la envidia del pene, por la vía de desear un hijo del padre.

Esto implica para Freud que, por un lado el pasaje al amor al padre lleva a la niña a la feminidad llamada normal (como una de las salidas posibles al complejo de castración que se despliega a partir de la envidia del pene). Entonces, si bien hay restos de la ligazón con la madre, el pasaje al amor del padre orienta el camino para el desarrollo de la feminidad. Si la histérica no renuncia a esperar el don del padre, no puede recibir de un hombre.

La pregunta freudiana ¿qué es una mujer? tiene su respuesta en lo que para él es una niña: lo mismo que un varón, pero tocada por la falta. Si en ella no radica el deseo íntimo de llegar a tener lo que le falta, no podrá ser mujer. Por eso será necesario que se transmute el deseo de pene por el deseo de un hijo, es así que este último tendrá un valor fálico para ella.

Diferencia sexual y goce femenino

Lacan reformula los desarrollos teóricos relacionados con la formalización de lo femenino. Ya no será la teoría falo céntrica el punto de partida sino que lo realizará a partir de la conceptualización del objeto a. Este cambio en la lógica de las relaciones dejará atrás la idea de déficit en la niña apuntando a pensar el falo como un efecto de significante y al órgano pene como un atributo de esa significación, permitiendo pensar los lugares masculino / femenino como fálico y no fálico, poniendo en cuestión el punto de partida de Freud que desarrollamos más arriba, y erigiendo el lugar de la niña como “un plus”.

En el texto *la Significación del Falo* (1958) Lacan le

atribuye al falo el estatuto de significante al tiempo que otorga, en palabras de Miller, contribuciones a la psicología del amor, ya que la castración operaría a partir de este patrón, permitiendo al sujeto instalarse en una posición sexuada que le posibilite identificarse al tipo ideal de su sexo y responder a un partenaire. Este será el punto de partida de los desarrollos de Lacan sobre el Edipo desde su teoría significativa, buscando conectores de relación lógica con el Complejo de Castración y con la Metáfora Paterna.

A la altura del *Seminario XX Aun* (1972-73) Lacan aborda los matemáticos de la sexuación agregando a su teoría significativa otros desarrollos que abordan las particularidades de la distribución de los goces, en donde retoma la pregunta sobre qué quiere una mujer más allá del deseo por la maternidad, permitiéndole pensarlo desde una lógica diferente a la del goce fálico. Este está regido por un ciclo que va desde la exhibición a la detumescencia, y que permite una contabilidad en pos de la restitución narcisística y de la prestancia fálica. Es por ello, un significante que produce identificación masculina.

La identidad sexual es el efecto imaginario de las determinaciones simbólicas. Se trata de identificaciones que construye el sujeto a partir de la posición frente al Otro, ya sea hombre o mujer, dependiendo ello de la relación identificatoria con los significantes específicos y la asimilación imaginaria a los significados que evocan. Sólo introduciendo el orden simbólico se hace posible pensar la falta fálica ya que por vía de lo real esta connotación no tiene lugar. La anatomía queda atrapada por este lazo significativo convirtiéndose en un cuerpo sexuado.

Por su parte del lado femenino se trata de un goce que no puede ser contabilizado ni localizado, no otorgando así identificación alguna. Se trata de un goce agregado al fálico, y por lo tanto es un goce con todo el cuerpo.

Este lugar no fálico en la feminidad que Lacan elabora como continuación del desarrollo freudiano, le permite arribar a la idea del lugar de goce en la mujer por ser “no toda” ella atrapada por el significante, es decir que no existe un significante que represente en su totalidad estas particularidades, quedando así siempre algo por fuera del orden simbólico, lo que enmarca una clave inasible de ese misterio insondable. Al manifestar que la mujer es “no-toda” está expresando justamente estas particularidades del goce femenino, y no el hecho de que la mujer es incompleta, ya que ella está privada en lo real, y por lo tanto no le falta nada. Este goce particular que escapa a las leyes del falo, sustrayéndose al padre, no indica que la mujer no esté de lleno en la función fálica, sino que la cuestión no se agota allí, porque existe un agregado.

Ella deberá en cierta forma también quedar atrapada por esta lógica del ser y tener en las circunstancias de abordaje de un partenaire, y lo realizará por medio de la mascarada fálica que le permitirá alguna posibilidad de sustitución con un Otro que se encuentra por fuera de la serie. Es así que las conceptualizaciones en torno a la diferencia sexual masculino/femenino desarrolladas en

este contexto nos permiten entender el consabido aforismo lacaniano “no hay relación sexual”, aludiendo a la falta de complementariedad de los goces, es decir que no existe otra vía más que escribir las diferencias por medio de significantes, ya que por la vía de lo real esta diferencia no tiene forma de escritura.

El goce absoluto es algo prohibido para el sujeto, pero las mujeres tienen la posibilidad estructural de poder saltar, al menos en parte la ley, para poder hacer uso de ese goce suplementario, otro diferente al de la palabra. Gozan de forma silenciosa y muda.

¿Feminidad o maternidad? Destinos disjuntos de la mujer y su vinculación con la falta

Existe un duelo fundamental que permite el acceso a la condición hablante vía la castración y que remite a los tiempos instituyentes de la subjetivación que dará por resultado una identidad masculina o femenina. Para arribar a esta condición se deben atravesar numerosas pérdidas, siendo la más importante de ellas el sustraerse al lugar de objeto de goce del Otro. Lacan explica este proceso con los movimientos de alienación y separación, en donde se producen la renuncia al ser y luego al tener.

Tener o no el falo es una realidad que concierne a la medida de los sexos; es la proporción de esta relación respecto de este significante primordial la que ubicará las posiciones activas o pasivas inconcientes. Este nudo central que constituye la castración misma, habilita a poder hacer algo con el partenaire sexual y alojar a un niño “con justeza” en las circunstancias en que fuera procreado a partir de ella. Así lo expresa Lacan en la *Significación del falo* (1958).

Como dijimos en el *Seminario XX Aún* (1972-73) Lacan ubica los matemas de la sexuación que sitúan las vinculaciones lógicas entre el sujeto y el significante fálico. El lado femenino del cuadro muestra una particularidad del goce que liga a la madre y a la mujer con fines diferentes. El sujeto femenino, predestinado a ser identificado con el lugar del objeto causa, posee una identidad desdoblada que la habilita a relacionarse tanto con el anhelo de tener el Falo como con el Significante de la Falta en el Otro. Madre y fémica, destinos diferenciales que marcan el horizonte repartido entre dos modalidades de goce que la ubican por fuera de la serie que constituye la significación fálica. No toda ella está atravesada por el falo. Tanto la madre como la mujer acceden al goce de manera excepcional respecto del hombre, en las circunstancias en que exhibe la presencia del niño como objeto real del Otro real. El hijo que ingresa como un real desprendido del cuerpo de la madre deberá revestirse del brillo fálico necesario para que lo atraiga al hueco de su boca dispuesto a “saborearlo” a riesgo de tragárselo del todo. Esa abertura necesaria que denota el degustar al niño pero sin fagocitarlo es condición estructurante de futuro sujeto por venir, que anidará en el hueco que queda entre la firmeza de falo que sostiene las fauces y el afán de disfrute de la madre por gozar del cuerpo del infante.

Ya enunciamos que este destino divergente del sujeto

femenino la habilita a relacionarse con un más allá de este falo de la serie de la ecuación simbólica (niño=falo) que por otro lado devendrá en una oportunidad de escapatoria para el infante al no estar condenado a la fijeza de su destino como complemento de su falta. Que la madre renuncie cediendo al objeto niño, tendrá un fuerte efecto liberador para él, y la revinculará con un deseo otro, por medio de la operación del padre real.

Reubicarse en tanto fémica como un objeto que causa el deseo del hombre le otorga un estatuto particular al padecimiento femenino situándola en ocasiones en el lugar del síntoma del varón y puede relanzarla a la lógica de ser el falo, toda ella, encarnando las veleidades del brillo que le brinda la mascarada femenina.

La mujer y la pérdida

¿Qué consecuencias tiene entonces, esta particularidad de la relación de la mujer con la falta respecto de las pérdidas?

Creemos que existen condiciones estructurales en la mujer que la ubican de manera diferente con la falta y por ende respecto de la tramitación de un duelo.

Freud afirmaba que el Complejo de Edipo no se encuentra sepultado del todo para la niña, y que el derrotero que debe realizar para arribar al sustituto del pene la obliga a ciertos renunciamentos; explica que debe cambiar de objeto y de zona, dos movimientos por los cuales el varón no tendrá que pasar, sus dificultades radicarán en otros aspectos que tendrán que ver con la rivalidad paterna y la necesaria pasividad para recibir el don amoroso. En cambio, existen duelos constitutivos en las mujeres que aun en la adultez siguen dolorosamente presentes y que llegan a nuestro conocimiento a partir de las consultas en donde se vislumbra la queja, la desesperanza, el dolor por el amor perdido.

La primera desilusión que debe atravesar la niña es la de elaborar la falta que la une a la madre pre edípica. El descubrimiento de la castración materna, si bien es condición de apertura para la búsqueda del padre, produce también una fuerte ligadura con ella en términos de demandas inconmensurables al no haberles propiciado ese objeto preciado. La elaboración de esta falta fundamental implica superar que la madre no posee el objeto que la colme. Debe efectuarse un renunciamento, una cesión, para que se habilite la posibilidad de la búsqueda, ya que se encuentra liberada de la amenaza de la pérdida, lo cual la embarga en el sentimiento de tratar de conseguirlo.

El hijo puede suplir esta falta en lo imaginario vía el penisneid, que le permitirá una tranquilidad transitoria mientras dure el embarazo y la crianza. De allí devendrá el destino del pequeño infante en la medida justa de las marcas del padre operando en ella, que habilite al desarmado de esta respuesta y la ubique nuevamente en las coordenadas de un deseo más allá de él.

La madre deberá realizar el duelo que permita su liberación como falo y evitará tragar al niño para que tenga una oportunidad de amarradura a lo simbólico y

no quedar atrapado en el goce mortífero de sus fauces. Para ello debe renunciar a la esperanza de recibir el falo del padre, debe desistir al niño ecuacionado en el hijo que porta ese semblante. Este duelo por esa envidia radical de haber sido privada, a su vez le permitirá acceder a otro goce no fálico y la habilita a disponer de la falta de modo diferente. (Bauab, 1998)

El duelo de ser/ el duelo de tener

La medida de las pérdidas ubica en lugares diferentes el dolor del duelo, ya sea hombre o mujer.

Si como dijimos el duelo de la mujer la relanza a lo perdido por estructura a esa demanda a la madre imposible de colmar, que se traduce en el sentimiento de no ser amadas; en el hombre recaerá en otra parte, en la herida narcisista que implica la imagen de sí. La mujer queda afectada al ser y desde allí preconiza su duelo. Para comprender estas particularidades de la elaboración que comporta un duelo para una mujer deberemos puntuar en donde radica esta especial sensibilidad a la pérdida de amor, tan embargadora como angustiante para el sujeto femenino.

Hemos enunciado que existe un factor constitutivo en la mujer que la ubica por estructura en esta condición particular: el penisneid. Siguiendo a Freud podríamos enunciar un ciclo que grafique esa relación con la falta: 1- Envidia; 2- Reivindicación; 3- Espera del sustituto; 4- Desesperanza ante lo imposible. (Soler, 2007). Es decir, que la niña quedará signada en la búsqueda incesante del sustituto fálico y por ello también marcada por las desilusiones que comporta la inexistencia de tal cosa. El amor configura así, un valor fálico para ella y por ende incluido en el ciclo que lo caracteriza de ilusión/desilusión. La mujer quedará más ligada a la pérdida de amor como condición de angustia, que en el hombre; Lacan agrega a esto las relaciones entre significación fálica y amor, partiendo del falo como ordenador. Las lógicas del ser y del tener marcan la divisoria de aguas. El sujeto femenino queda más afectado en el ser ante la pérdida de amor que el sujeto masculino. La mujer apela al amor como salida ante la falta en ser, configurando la fantasmática femenina de la cual también participan los hombres, ya que el amor es esencialmente femenino.

Lacan nos ilumina sobre el sustento que encuentra la mujer en ser causa de amor para el hombre cuando aborda los matemas de la sexuación, por ello cuando la escena amorosa se desarma ella queda como objeto sin causa, situación emparentada al duelo donde el sujeto pierde el lugar de objeto que representaba para el Otro, el de "yo era su falta" y como consecuencia la escena imaginaria se rompe ante lo real de la pérdida y su mundo se desordena. En ambas situaciones lo real se presentifica quedando el objeto desenmascarado. Freud nos aleccionaba sobre la cercanía entre la melancolía y el amor en cuanto al aplastamiento que el objeto suscita en ambos estados. La sombra del objeto cae sobre la mujer en el caso de una pérdida amorosa: duelos que atañen al corazón pero que sostiene el ser femenino y que por ello suelen ser arrasadores.

Como sabemos no toda "la apelante del sexo" queda signada por el significante fálico, hay un más allá excluido de la palabra que las habita y por ello ante las pérdidas también queda afectado el goce traduciéndose en reproches y culpabilidad lindantes a la melancolía, tan habitualmente escuchados en las pacientes que transitan un duelo por desengaño.

La pérdida de amor al igual que el trabajo de duelo tienen un núcleo inolvidable: el ser perdido los torna inconsolables (Soler, 2007).

Por ello advertimos que en el caso que una mujer atraviese un duelo en la condiciones de maternidad, ante esa circunstancia devienen posibilidades de que el hijo venga a ocupar el lugar preferencial que permita poner tope al acceso de angustia que la pérdida presentifica, no permitiendo que opere esa facultad desdoblada del goce, porque el más allá conduce, inevitablemente, al renunciamento. Creemos que por ello puede patologizarse un duelo en estas condiciones según los recursos que la subjetividad le permita poner a tiro, en los términos de cómo hayan sido transitados estas pérdidas primordiales.

Es capital entonces entender que es necesario el tránsito por estos movimientos subjetivos en la relación a la madre, ya que la permanencia en la angustia genera esta detención del trabajo del duelo que tiene que mudar en dolor, es decir en el reconocimiento de nombrar al objeto perdido para iniciar así el tránsito por el duelo.

En una entrevista con la madre de Ricardo, explicita luego de cuatro largos años trabajados con el niño, que indudablemente ella le transmitió el dolor que sentía ante la muerte del padre, hecho que mantuvo silencio durante muchos años en las consultas. El silencio incluía el ocultamiento de las circunstancias en la que ocurrió el deceso. Fue a consecuencia de un robo a mano armada en el que la víctima le dio muerte. La intención de la madre era la de ocultar la verdad de los hechos al niño para que no conociera cómo era el padre en realidad. Ricardo contaba con nueve meses de vida. Esta decisión lo deja sin la posibilidad de contar con un relato sobre su origen y sobre todo con el peso que otorgan para el niño los ocultamientos o las verdades a medio decir. Las consultas se inician a los 6 años de edad cuando la madre percibe que no hablaba como el resto de los chicos, y que su discurso era errático y arborescente. Nos interesa recalcar el valor que cobran para el niño las palabras que recubren su universo simbólico, que en este caso era un agujero en la historia que no podía ordenarse. Sólo a expensas del trabajo analítico pudo transmutarse el dolor en duelo.

Conclusiones

Entendemos que el duelo patológico se encuentra detenido en los tiempos lógicos de elaboración, y por ello su presentación clínica puede estar emparentada con diversas modalidades, según sea el punto de cristalización del devenir subjetivante de la pérdida como falta.

Lacan trabaja en el *Seminario X La angustia* (1962-63) la función del duelo y su emparentamiento con el

acting out, como puesta en escena. Si no hay apelación a lo simbólico vía el rito y al sostenimiento imaginario del semejante, deviene en condiciones propicias para el pasaje al acto y el acting out, como movimientos lindantes a la angustia (Gerez Ambertín, 2005).

Las diferencias entre el duelo llamado normal y las variaciones de lo patológico -duelo obsesivo, duelo pesadoso y melancolía- radican en el modo de identificación operando. La consecución de un duelo normal trae como consecuencia el abono de las neurosis de transferencia, por retorno de lo reprimido (síntoma, sueños, actos fallidos). En cambio, en la melancolía la identificación no es la histérica sino la narcisista, relativa a lo pulsional que retorna como auto juzgamiento delirante. (Elmiger, 2010)

Freud ubica al fenómeno renegatorio en los duelos y lo enlaza al fetichismo (renegación de la castración) en donde los destinos posibles pueden ser tanto la neurosis como la psicosis. Operarían dos corrientes simultáneas que coexisten escindidas: la del "deseo" y la de "la realidad" (Freud, 1927). Esta escisión del yo como modo de defensa lo desarrolla también en otros trabajos posteriores.

En *Duelo y melancolía* (1915) también resalta esta operatoria de la escisión tanto del duelo obsesivo -ambivalencia ante el objeto perdido, de amor y de deseo de destrucción que retorna como auto reproche- como en la melancolía -escisión del objeto que abandonó e identificación narcisista en su parte mala: "la sombra del objeto cae sobre el yo". En una y otra posición frente a la pérdida, Freud percibe las formas patológicas del duelo. De allí que el duelo obsesivo se vea trabado por la dificultosa aceptación del deseo íntimo de matar al objeto, propio de esta estructura. Por su parte, la melancolía supone una producción de indignidad delirante fruto de la conciencia moral, a partir del odio hacia el objeto perdido que se aloja ahora en el yo.

Otros autores refieren que ante la prueba de realidad en donde el yo se opondría a aceptar la pérdida del objeto amado, puede advenir como Amentia de Meynert, debido a la renegación operando. Subsiste el objeto vía las "alucinosis renegatoria" y no forclusiva. (Heinrich, 1993)

Como vemos, este es el campo fecundo para el silenciamiento, la renegación o la falla en la inscripción de la pérdida y su retorno forcluido. En ello radica la atmósfera en la que un niño viene a constituirse.

Además, si consideramos que la inhibición generalizada es el estado más frecuente en la que se encuentra el doliente ¿Cómo afectaría tal condición a la crianza de un niño?

Nos enfrentamos con la situación específica en donde la madre no puede ubicar la falta porque esta condición contingente desordena el universo simbólico. Es necesario que un Otro simbólico oficie de referencia para poder localizarla y esto está en déficit en el duelo. Si el niño debería ocupar el lugar de la falta imaginaria en la madre, ¿este contexto se sostiene para el caso particular aquí planteado?

Si el duelo pone en dificultad la posibilidad de

arribar a un deseo decidido, ¿qué implicancias tiene ello para la función materna o para el deseo de hijo?

La madre se encuentra tomada por otras tareas que implican el tránsito de un duelo, que restan la libido necesaria para sostener el lugar materno y "operar en modo satisfactorio" la función. Ello puede devenir en abandono emocional, que no quiere decir sustracción de los cuidados necesarios, sino que es la circunstancia propicia para que surjan otras respuestas posibles hacia el niño por tener que enfrentar el vacío y la ausencia de palabras. Si la madre no advierte lo que perdió y lo que esa pérdida le significa como sujeto de deseo, ¿cuáles son las consecuencias para el hijo respecto de los movimientos subjetivos lindantes a la angustia en la madre?

La madre angustiada ante la vivencia de la pérdida (privación) tiende a retener y capturar al niño, siendo proclive a sustituir la falta en ser (falo) por el tener (hijo). La desmentida puede operar como dos corrientes análogas: por un lado sabe que perdió el objeto de amor, pero al mismo tiempo lo rechaza. El hijo podría quedar clavado entre estas dos posiciones.

La situación en donde el niño colma a la madre, desencadena su angustia, ya que ocupa todo su deseo y como sabemos existe una lógica del "no toda" a la que la mujer es empujada. Si la madre no desea como mujer devendrá en complicaciones tanto para ella como para el niño.

Como dijimos, el amor maternal es una respuesta a la privación real, es decir que es un modo normal de velar la falta, con un objeto fetiche. Por ello el niño siempre va a entrar a la estructura como un objeto real, recubierto de un brillo agalmático, que en tanto pueda ser metaforizado ingresa a la operatoria de la castración.

Esta perversión normal a la cual denominamos "amor maternal" tiene el sesgo de la acción decidida de una mujer de demandar al padre un objeto imposible como correlato de su "ser privadas". Con ello se introduce un costado de locura en esta demanda al poder conseguir ese objeto, que las hace ir más lejos obteniendo como resultado la ecuación niño=falo (Laurent, 1991).

La metáfora infantil del falo sólo es bien lograda cuando falla en su fin, cuando ofrece una distancia entre la identificación fálica y la significación fálica. Una cosa es quedar identificado al falo, y otra cosa es ser su equivalente porque hay una parte que se preserva, que es el no todo del deseo femenino.

Hay una operación que si no se promulga desde la madre, la eficacia del Nombre del Padre no será tal. Hablamos de la posibilidad de que el deseo femenino como eje busque su causa más allá del niño. Ella es causa de deseo para Otro. Así enuncia Lacan a la operación del padre real, quien hace de la madre una mujer. De este modo será posible que la metáfora infantil opere, pasar de la lógica del ser al tener.

El duelo que no se ha tramitado impide que la falta en tanto significante fálico pueda ser donada desde la madre al hijo. No hay falta sino tapón. Esta manera de llenar la falta tiene la modalidad de quedar arrumbada y ofrece dificultades para ingresar a una lógica de sustitución. (Yankelevich, 2003) Relanza a la madre a un

momento de privación redoblando su falta en ser. La falta simbólica deja al descubierto la falta real. El niño podrá ocupar por lo menos dos posiciones:

- Como objeto fetiche, cristalizando su lugar como “marioneta de la madre”. Si bien este es el espacio al que naturalmente se acoge al niño, en algún momento deberá dar paso a otro orden, en donde no sea la elección materna única (susceptible de ser metaforizado).
- Como objeto (a) en tanto objeto inanimado, pulsional, atornillado a la falta (se resiste al desplazamiento).

Creemos que las consecuencias de estas posiciones complican la constitución del niño como sujeto deseante, en grados de enquistamiento y gravedad diferentes.

Resumiendo:

A. La madre toma al niño como objeto para

realizar por medio de él la sutura de la falta en lo real y poder así tramitar la angustia ante el vacío;

- B. El niño en lugar de encarnar la falta imaginaria, sutura la falta real;
- C. Impera la desmentida como mecanismo que escinde la realidad, el niño como objeto “fetichizado” vela la incompletud radical del Otro;
- D. La especularidad del niño deviene con fallas ya que la imagen narcisística materna no está disponible para el sostén de la constitución del cuerpo.
- E. Se detiene el trabajo de duelo y coagula la posición del niño en el fantasma materno sustituyendo la falta radical. Exceso gozoso que no devendrá sin consecuencias.

Referencias

- Bauab, A. (1998). *Los tiempos del duelo*. Buenos Aires: Homo Sapiens.
- Elmiger, M. (2010). Las identificaciones de los duelos. *Actualidad Psicológica*, XXXV, 384, 10-13.
- Freud, S. (1895/2006). Proyecto de una psicología para neurólogos. En *Obras Completas, I*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1905/1995). Tres ensayos de teoría sexual. En *Obras Completas, VII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1909/1986). Análisis de una fobia de un niño de cinco años. En *Obras Completas, X*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1913/1998). Tótem y tabú. En *Obras Completas, XIII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1914/2003). Introducción al narcisismo. En *Obras Completas, XIV*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1915/2003). Duelo y Melancolía. En *Obras Completas, XIV*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1923/2000). La organización genital infantil. En *Obras Completas, XIX*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1924/2000). El sepultamiento del complejo de Edipo. En *Obras Completas, XX*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1925/2000). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos. En *Obras Completas, XIX*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1926/1998). Inhibición, síntoma y angustia. En *Obras Completas, XX*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1927/2000). Fetichismo. En *Obras Completas, XXI*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1932/1998). La feminidad. 33ª Conferencia de introducción al psicoanálisis. En *Obras Completas, XXII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1938/1998). La escisión del yo en los procesos defensivos. En *Obras Completas, XXIII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gerez Ambertin, M. (2005). El incurable luto en psicoanálisis. *Psicología em Revista. Belo Horizonte*, 18, 179-187.
- Hartmann, A. (1992/2009) *En busca del niño en la estructura. Estudio psicoanalítico de la infancia y su patología*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Heinrich, H. (1993). *Borde <R> S de la neurosis*. Buenos Aires: Homo Sapiens.
- Jabif, E. (2000). El ser sexuado: veleidades del objeto a. En <http://www.efbaonline/jabife-19.htm> 15/10/10
- Lacan, J. (1955/1999). *Seminario III. Las psicosis*. Buenos Aires: Paidós.
- (1956/1994). *Seminario IV. La relación de Objeto*. Buenos Aires: Paidós.
- (1957/1999). *Seminario V. Las formaciones del Inconciente*. Buenos Aires: Paidós.
- (1958/1998). La significación del falo. En *Escritos 2, V. B* Buenos Aires: Manantial.
- (1959). *Seminario VI. El deseo y su interpretación*. Inédito.
- (1962/2006). *Seminario X. La angustia*. Buenos Aires: Paidós.
- (1972/1991). *Seminario XX. Aun*. Buenos Aires: Paidós.
- Laurent, E. (1991). Psicoanálisis con niños y sexualidad femenina. En *Hay un fin de análisis para los niños* (pp. 167-182). Buenos Aires: Colección Diva.
- Soler, C. (2006/2007). *Lo que Lacan dijo de las mujeres. Estudio de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Uribarre, R. (1991). Pérdida de seres queridos en la infancia y en la adolescencia. *Psicoanálisis con niños y adolescentes*. Tomo 1. 1, 147-168.
- Yankelevich, H. (2003). Acerca de lo que nos enseñan los autistas sobre la función de la palabra. En Amigo, S. *Paradojas clínicas de la vida y la muerte* (pp. 45-63). Buenos Aires: Homo Sapiens.

Fecha de recepción: 09-05-11

Fecha de aceptación: 16-09-11